

# Capítulo 1



Marta colgó la llamada con el abogado de su familia todavía sin dar crédito a lo que acababa de oír. Marcó a su madre para intentar tener más información, pero no se lo cogió y eso solo auguraba malas noticias. Mientras Marta intentaba dejarlo todo cerrado en su trabajo para poder ausentarse, escuchaba una y otra y otra vez las palabras del abogado. Un abogado que la citaba para la lectura del testamento de su padre esa misma mañana.

Su padre, Carlos, había fallecido y Marta se acababa de enterar.

Si era sincera consigo misma, a pesar de que las noticias la habían dejado fría y temblorosa, enterarse tan tarde de la muerte de su padre no le extrañaba. La relación que tenía con Carlos de los Llanos siempre fue turbulenta... por decirlo de algún modo. Sus padres la tuvieron siendo ellos muy mayores y, a pesar de que su madre había llevado bien su nuevo rol, Carlos siempre pareció verla más como un activo en su empresa que como su hija.

Desde pequeña, la trató con dureza con la esperanza de forjar en ella todo lo que habría deseado en un directivo. Había querido una mente ágil y un espíritu inquieto deseoso de aprender y de mejorar. Los juegos a los que había tenido

acceso y el entretenimiento que sus padres le dieron parecían no estar destinados a los niños, sino a los adultos. De hecho, mientras los compañeros de clase de Marta iban al cine para ver superhéroes, ella asistía al Museo de Urbanismo o al teatro. Incontables veces había intentado escabullirse de allí... Solo tuvo éxito una vez.

Reprimiendo el escalofrío que ese recuerdo le trajo, Marta terminó de arreglar las cosas en su trabajo, le escribió a su marido Jorge, que todavía estaría durmiendo, y tomó el coche para viajar a la capital. Tenía tres horas de viaje por carretera, pero era la ansiedad lo que estaba haciendo que Marta sujetase el volante con demasiada fuerza.



Su padre había creado uno de los mejores estudios de arquitectura del país. Le llegaban encargos de toda Europa y desde hacía unos años había estado intentando abrir la puerta del mercado mundial. Carlos siempre había sido un hombre ávido de éxito y había trabajado para lograrlo. Quería, no obstante, que su hija Marta tomase las mismas decisiones.

Lamentablemente para él, cuando Marta empezó a estudiar arquitectura en la universidad, no lo hizo por su padre o por su empresa, sino porque quería crear su propio negocio. Mientras Carlos veía el mundo desde el punto de vista de los rascacielos y las empresas multinacionales, Marta quería crear un mundo adaptado al medioambiente y que tuviese el menor impacto posible en él. Su

padre no pareció aprobar su decisión cuando rechazó un puesto en su empresa, y tampoco pareció ilusionado cuando le dijo que dejaba la capital para empezar su propio estudio de arquitectura medioambiental en el campo. No hablaban mucho desde entonces.

El único contacto que había quedado era el regalo reglamentario que le hacía a su hija, Olga, por Navidad y por su cumpleaños. Desde que Marta tenía memoria, siempre recibió rompecabezas o puzles por estas ocasiones. No de aquellos de cien o quinientas piezas, sino de aquellos puzles en tres dimensiones que había que montar o que había que resolver para acceder a un compartimento secreto. Marta también recordaba que su padre escondía el rompecabezas en un lugar de la casa y él le iba dando pistas hasta encontrar el regalo. Esa era su parte favorita, porque era una persona que se frustraba con facilidad y hacer los rompecabezas nunca había sido uno de sus fuertes. Como adulta y como madre, se daba cuenta de que su padre, Carlos, estaba intentando mantener el contacto con ella y con su nieta a través de esos regalos, y apreciaba el gesto.

Ese recuerdo le apretó el corazón: quería a su padre a pesar de todo y le dolía no haberse enterado antes de su muerte. Incluso en ese preciso momento, yendo hacia la casa donde se crio, Marta tenía que aguantar las lágrimas para no llorar.



El chalé seguía igual que la última vez que estuvo allí. En el aparcamiento y calle de la propiedad pudo ver a primos y tíos, muchos de los cuales hacía tiempo

que no veía, y algún que otro socio de su padre. Parecían charlar tranquilamente, y no como si asistiesen a la lectura de un testamento. Marta, enfadada por su reacción, les saludó con la mano desde la distancia y se apresuró al interior de la casa. Quería encontrar a su madre, Pilar, lo antes posible y saber qué había ocurrido.

La encontró, con la cara limpia y serena, en la entrada. En cuanto la vio, se olvidó de todo lo demás. Marta se abalanzó a sus brazos y se fundió en un abrazo. Volvía a tener diez años y se dio cuenta de que no estaba preparada para perder a su padre.

Después de un momento, cuando logró serenarse, Marta miró a su madre e intentó interrogarla acerca de su padre. ¿Qué había ocurrido? ¿Cuándo? ¿Por qué nadie la había avisado antes? Marta soltó una retahíla de preguntas cuyas respuestas jamás tuvo tiempo de escuchar. El abogado de la familia interrumpió el momento sin ninguna cortesía y le dijo a Marta que era su turno: la lectura del testamento se hacía a puerta cerrada e individualmente. Ella era la última. Casi sin dejarle tiempo para despedirse de su madre, el abogado la arrastró por el pasillo hasta el despacho de su padre. La dirigió al interior y, una vez dentro, a Marta se le paró el corazón.

Ahí sentado tras su escritorio tal y como lo había visto infinidad de veces, junto a su precioso maletín de piel vuelta, se encontraba Carlos de los Llanos. Su padre estaba vivo y coleando. Una gran sonrisa adornaba su cara. No tardó en ofrecerle una silla para que tomase asiento.



*La penúltima voluntad* is a production of Coffee Break Spanish™

© Copyright Radio Lingua Ltd 2022. All Rights Reserved.